

[ENTREVISTA]

Massimo Leone

“La lengua y la cultura están llenas de cicatrices”

Por Rubén Dittus



Cómo citar esta entrevista:
Leone, M. (2018) “La lengua y la cultura están llenas de cicatrices” [Entrevista]. *Revista Chilena de Semiótica*, 9 (122-130)

En el marco de un apretado viaje por Sudamérica, el doctor **Massimo Leone**, profesor titular de la Universidad de Turín, se dio el tiempo para visitar el Instituto de la Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile, en Santiago. En la oportunidad dictó la conferencia titulada “Transparencia y opacidad en las ideologías semióticas contemporáneas”, donde analizó las formas en que históricamente se han desarrollado cambios culturales en las semioesferas de contextos políticos, religiosos y comunicacionales, debido a la tensión entre la retórica de lo transparente y la retórica de la opacidad.

Massimo Leone es profesor de semiótica en el Departamento de Filosofía de la Universidad de Turín, Italia. Se graduó en Estudios de Comunicación en la Universidad de Siena, y tiene una DEA en Historia y Semiótica de Textos y Documentos de París VII, un Máster en Estudios de Palabras e Imagen en el Trinity College de Dublín, un Doctorado en Estudios Religiosos de la Sorbona y un Doctorado en Historia del Arte por la Universidad de Friburgo (CH). Ha sido profesor visitante en el CNRS de París, en el CSIC de Madrid, en el Fulbright Research en la Graduate Theological Union (Berkeley), del Endeavor Research Award en la Escuela de Inglés, Performance y Estudios de Comunicación de la Monash University, Melbourne; y en la Universidad de Toronto. Es el editor jefe de *Lexia*, la Revista Semiótica del Centro de Investigación Interdisciplinaria sobre Comunicación de la Universidad de Turín, Italia, y dirige el programa de maestría en estudios de comunicación en la misma universidad.

Su trabajo se centra en el papel de la religión en las culturas modernas y contemporáneas, tema desde el cual se inició el diálogo con la *Revista Chilena de Semiótica*.

Considerando los recientes acontecimientos vividos en Chile, a propósito de las demandas de los movimientos feministas, tales como una mayor igualdad de oportunidades o el aborto libre, ¿cómo asociar el discurso de género y semiótica de las religiones?

Me parece un tema muy interesante. Se observa una perspectiva ética que nos ofrece la semántica conceptual, porque el problema es definir al interior de un lenguaje y al interior de la cultura construida por este lenguaje, lo que es, por ejemplo, la vida. Qué significa vida, qué vamos a incluir dentro de la semántica de este concepto. Hay una dimensión de la lengua y una dimensión de la cultura. O sea, la lengua y la cultura están llenas de lo que yo llamaría

“cicatrices”. El sentido de las palabras y también la articulación semántica de los conceptos que manejamos todos los días, no son solamente resultados de la época presente, son resultados de una historia muy larga, como cicatrices, y algunos de estos rasgos derivan de conflictos que tuvieron lugar hace mucho tiempo, a veces hace muchos siglos. Cuando utilizamos estos términos, no nos damos cuenta que, aunque tengamos la impresión de que no hablamos de algo diferente, pronunciamos las mismas palabras y utilizamos los mismos conceptos. De hecho, estamos llegando a estas palabras y estos conceptos desde perspectivas diferentes, como si habláramos lenguas distintas. Lo que pasa es que como los términos son iguales y los conceptos parecen iguales, no nos damos cuenta que dentro de una misma sociedad se hablan lenguas distintas, y a veces estas lenguas distintas se separan alrededor de estas cicatrices. Entonces, cuando alguien muy católico se refiere al matrimonio, por ejemplo, tendrá una semántica relacionada con este término, que es muy distinta en relación a la semántica que otra persona no católica tiene del mismo término. Entonces podemos tener la impresión que coincidimos en el uso de este término, pero de hecho no coincidimos y podemos desarrollar una discusión muy larga sin darnos cuenta que en realidad estamos utilizando un término con acepciones diferentes.

¿Cómo resolverlo, entonces? ¿Qué podemos hacer?

Bueno, una solución es el conflicto; el conflicto fuera del lenguaje, pero el conflicto fuera del lenguaje es siempre un conflicto peligroso, porque conlleva violencia, conlleva la concepción de otras cicatrices que han de permanecer en el lenguaje del futuro. Algunos filósofos del lenguaje proponen la solución de una ingeniería conceptual, o sea, de trabajar sobre el lenguaje, sobre los conceptos, con el fin, no tanto de solucionar nuestros contrastes, sino de ser más precisos en nuestro mapa conceptual de las divisiones culturales. Te doy un ejemplo que me interesa mucho, que es la cuestión de los derechos de los animales. Yo soy vegano, no me alimento con productos animales. Yo podría hacer propaganda vegana, diciendo a todos mis amigos que coman hamburguesas, diciendo “os estáis comiendo los cadáveres de unos animales”. Esto es algo que muchos veganos amigos míos tienen, es decir, promueven una propaganda muy agresiva. Allí, lo que pasa es que yo puedo decir esto, pero en la semiosis que va a desencadenarse en la cabeza de mis amigos no va a quedar una relación natural entre el hecho de comer una hamburguesa y el hecho de pensar en un cadáver. Ellos van a pensar que están comiendo una hamburguesa, o sea, en comida. No se están comiendo un trozo del cuerpo de un animal. Entonces, creo que no podemos trabajar de manera tan directa sobre las palabras y los conceptos. No podemos simplemente cambiar las palabras de nuestras constituciones. No podemos simplemente llamar no videntes a los que llamamos ciegos. Eso es una etapa, es una operación interesante, pero lo que tiene que cambiar es la cultura, la cultura de la relación con las mujeres, la cultura de la relación con los animales, la cultura de la relación con la vida. El problema es que, personalmente, tengo una perspectiva sobre acción política sobre la cultura que es bastante, no diría negativa, sino escéptica. Yo no creo que la cultura pueda cambiar bajo un modelo de impulsos individuales. Yo creo que la cultura tiene su desarrollo y

nosotros podemos hacer muy poco para cambiar.

Pareciera que cuando ese cambio no se produce, individualmente lo aprovechamos de manera negativa, rebelándonos.

Pero también aprovechamos mucho cuando la cultura va en una dirección que nos gusta, ¿no? Porque la cultura es el resultado entre micro interacciones, cómo la conversación que estamos teniendo ahora, por ejemplo. Tiene un impacto, un influjo y un poder de afectar también la dimensión macro, pero es muy difícil programar una política cultural sobre estas micro interacciones al fin de lograr un ideal macro de la cultura. La cultura, yo diría, afortunadamente, se desarrolla de manera caótica, de manera no intencional, no está bajo el influjo y no responde a agentividades individuales y no responde a la agentividad de la política tampoco. Si eso fuera así, las dictaduras, por ejemplo, nunca hubieran acabado. Hay una resistencia, una resiliencia de las culturas como fenómenos sociales a toda iniciativa individual y también a toda iniciativa de poder. Entonces, para contestar de manera más sintética a tu pregunta, seguramente hay una relación entre semiótica de la religión y semiótica del género. Las religiones han administrado modelos para la articulación semántica y la acción pragmática de la realidad durante siglos. El hecho de que las sociedades funcionen sin religión, es un hecho en la historia de la humanidad muy reciente y que concierne a una parte muy minoritaria del planeta. Pero las formas, nuestros lenguajes, nuestras lenguas, nuestras actitudes todavía están bajo esas influencias. O sea, nosotros podemos tener muchas manifestaciones para mejorar las condiciones de la mujeres, de la sociedad, pero algunos rasgos de las relaciones entre géneros tienen una historia larguísima; la manera en la que los hombres miran las mujeres por ejemplo, la manera en la que los hombres consideran los cuerpos de las mujeres, la manera en la que los hombres consideran las diferencias biológicas entre hombres y mujeres, es un problema que concierne no solo a los hombres, sino también a las mujeres, no es tan fácil cambiar la historia de la cultura.

En ese sentido ¿qué te parece incorporar la reflexión que hacía Eliseo Verón respecto a cómo el efecto ideológico es negado, tanto por el discurso de la religión como el discurso del género? Que aparentemente esa negación impide un diálogo posible sin avanzar en la discursividad.

Sí, el problema es que nosotros tenemos una perspectiva semiótica sobre estos problemas. Que es una perspectiva intrínsecamente neta, o sea, nosotros miramos y analizamos todas estas formaciones discursivas desde un punto de vista exterior. Pero el problema es que, para un creyente es muy difícil lograr esta perspectiva del exterior porque, de alguna manera está en conflicto con el hecho mismo de creer. Con el hecho mismo de confiar toda su existencia, toda su vida a un sistema de creencias. Yo creo que este contraste, sin embargo, no sea definitivo. O sea, en las comunidades religiosas también podría haber un esfuerzo hacia un nuevo modo de vivir la dimensión religiosa. Yo te propondría el ejemplo del fútbol. Cuando eres un jugador, también cuando eres niño y juegas al fútbol, tú sabes muy bien que hay unos límites de tiempo y espacio para el juego. Y lo sabes más y más si te vuelvas jugador profesional. Sabes que hay un espacio y tiempo para ese juego, pero al mismo tiempo hay otra dimensión. Entonces sabes que mucho de lo que estás

haciendo es un producto de la construcción humana. Juegas de esa manera al fútbol, porque el fútbol tuvo una historia, un desarrollo, entonces estas reglas que utilizas, que sigues para jugar, fueron establecidas, aunque no siempre estés consciente de eso, pero es así. Y lo mismo para todo tipo de juego, incluso el juego del lenguaje. Sabes cuando hablas que las palabras que tu utilizas, los conceptos, son producto de una historia, una construcción cultural. Lo que pasa es que, aunque sepas, tú, jugador de fútbol, que el juego es el producto de la construcción cultural e histórica, no dejas, por esa razón, de jugar con todo tu corazón, con todas tus emociones. Y lo mismo tendría que ser en el ámbito religioso. Puedes creer, aunque sepas que mucho de lo que crees es un producto de una construcción histórica, producto de una comunidad a lo largo de siglos. Entonces este contraste entre estar dentro y fuera del juego, no es un contraste siempre conflictivo. Como decía Umberto Eco (a Umberto Eco le gustaba muchos los chistes también un poco escandalosos): “los ginecólogos también se enamoran”.

Dado el actual contexto social, ese chiste estaría prohibido hoy día. Y en ese sentido, ¿cómo observas los acontecimientos que han ocurrido en Chile? Se están visualizando con otro cristal los acosos de tipo laboral o abusos de poder, los chistes machistas y las relaciones entre profesores universitarios con estudiantes ¿Qué te parece todo esto?

Bueno, me parece muy positivo que hagamos unos progresos en los términos que explicitamos nuestra deontología. Por ejemplo, en el ámbito universitario, hay cosas, hay maneras de comportarse que un profesor universitario nunca tendría que tener. Nunca, por ejemplo, tendría que aprovecharse de su posición, de su papel. Tendría que ser consciente de todo lo que conlleva su papel en un ambiente y en la práctica de la educación superior, que es una práctica muy delicada y muy sensible. Entonces, yo creo que debemos como profesores, tener un código deontológico. Lo que pasa es que yo no creo que este código deontológico pueda ser algo únicamente escrito en textos o en documentos jurídicos. Es algo que tenemos que interiorizar y tiene que ser parte de nuestra cultura espontánea. El riesgo que yo veo en esta transformación de la relación de profesores y estudiantes, entre hombres y mujeres, es que llegamos a producir una sociedad muy rígida, una sociedad sin espontaneidad. Hay que respetar a los demás en general, a hombres y mujeres. Pero al mismo tiempo, no hay que tener miedo a encontrar a los otros, también no hay que tener miedo a encontrar los cuerpos de los otros. También hay que evitar los excesos de formalización, que rigidizan las relaciones entre seres humanos. Nosotros no somos máquinas, somos seres semióticos y, por lo tanto, opino que tendríamos que tener una capacidad de improvisación y poner énfasis en la sensibilidad y la singularidad. O sea, considerar que lo que tenemos delante enfrente de nosotros no es un hombre, no es una mujer, no es un caucásico, no es un asiático... en el caso de los profesores, lo que tenemos delante es un estudiante. Entonces es alguien que se define por la relación existencial que tiene con nosotros, eso es lo más importante.

¿Cómo ha sido el tema en Italia?

En Italia es un tema muy controvertido y es un tema que se ha descubierto quizás antes de los escándalos en Hollywood, porque no es un misterio recordar que nuestro anterior Primer Ministro, Silvio Berlusconi, tuvo probablemente, según las investigaciones que todavía siguen, unos comportamientos que no estaban seguramente a la altura de una figura pública de gobierno. Y como instrumento de corrupción fue muy importante antes de que se descubriera con el fenómeno Weinstein y la campaña #MeToo y todo lo que siguió después. Me parece que hay reflexión muy interesante entre hombres y mujeres, y también al interior del feminismo y del nuevo feminismo. No estoy satisfecho por la calidad con la que este tema está siendo tratado por los medios de comunicación. Ya se vuelve el centro de una espectacularización que no siempre sirve para la discusión o el debate razonable en torno a estos temas. Por ejemplo, la discusión en las redes sociales, que normalmente son muy apasionadas, no me parece muy constructiva, yo diría que probablemente deberíamos discutir estos temas fuera de las redes sociales. No me parecen las mejores arenas para lograr una nueva comunidad ética para estos tópicos.

En relación a las redes sociales y el texto digital, twitter y otras redes se han transformado en campos de batalla ideológicos, muy violentos. Pero, a pesar de eso, hay políticos, hay figuras que siguen usándolas a pesar de los insultos y todo aquello. ¿Cómo observas desde la semiología, este fenómeno? ¿Cuál es el impacto que puede tener desde el punto de vista de la reputación y de la veracidad que le estamos dando a este texto?

Bueno, hoy en día para un personaje político es imposible de lograr una carrera política sin utilizar las redes sociales. Además, utilizar las redes sociales como Twitter, Facebook e Instagram de manera polémica digamos, conflictiva, siempre es provechoso porque logra lo que Umberto Eco llamaba la construcción del enemigo. Tú necesitas muchas veces un enemigo para lograr éxito político. Las redes sociales son fenomenales para crear un enemigo. Los puedes crear con instrumentos muy baratos también. Las redes sociales son lugares donde puedes encontrar un enemigo muy fácilmente, de manera muy barata. Personalmente, opino que tendremos que aprender a utilizar estas formas de comunicación y estas nuevas plataformas digitales. No podremos volver al mundo antes de la comunicación digital, ya hemos perdido nuestra inocencia. Los debates en televisión, en radio, entre amigos, no son lo mismo de antes. Sin embargo, tendríamos, yo creo, que aprender a valorar de nuevo el cuerpo como fuente de la conciencia individual. O sea, es imprescindible, sobre todo, para los millenials y las nuevas generaciones, aprender a ver los límites de un debate que se desarrolla de manera virtual sin que tú puedas ver la cara de la persona que está enfrente, que tiene opiniones distintas de las tuyas, un debate que se desarrolla íntegramente, totalmente al interior de una esfera digital. El hecho de encontrar otro cuerpo, especialmente el hecho de encontrar otra cara en un debate político, por ejemplo, es muy importante. Es lo que había entendido muy bien Emmanuel Lévinas, el filósofo lituano y francés, quien escribió este libro estupendo titulado "Totalité et infini", Totalidad e infinito, en el que se propone toda una filosofía de la cara, una filosofía del rostro. El rostro es el interfaz que de

alguna manera nos impide apropiarnos del otro, que nos obliga a respetar al otro como fuente de subjetividad. Si nosotros eliminamos el cuerpo de la relación humana, el verdadero rostro, tenemos la impresión que podamos reducir al otro a nuestra propiedad, que podemos absorber al otro, podemos dominarlo. Entonces, yo creo que las personas que ahora viven políticamente, de manera exclusiva en las redes sociales, tendrían que enfrentarse al otro, a la cara física del otro, para descubrir que es una cara que expresa emociones, que expresa acuerdo o desacuerdo, esto no es importante, lo que importa es que es una cara de la que no puedes apropiarte.

Es darle humanidad...

Darle humanidad. Entonces, nosotros como profesores no tenemos que criticar de manera salvaje los nuevos medios de comunicación, las arenas digitales, porque eso sería contraproducente también, pero tenemos que empujar a nuestros estudiantes a salir fuera de las arenas digitales. A comunicarnos también de manera conflictiva, de manera robusta, polémica, pero en las plazas, en las aulas, en las calles, en los lugares donde se encuentran los cuerpos, y no solo a través de los simulacros digitales de los cuerpos. Personalmente creo que hace una diferencia enorme de encontrarse con personas físicas.

A pesar de que cuando los cuerpos se encuentran en los sets de televisión, la visceralidad como parte del espectáculo igualmente se presenta, entendiendo que es un simulacro.

Sí, este es otro asunto, pero que está relacionado. Tendríamos también que evitar el efecto de Heisenberg. Lo que pasa en las arenas digitales, es que no solamente nos enfrentamos a simulacros digitales, hay que considerar que siempre tenemos un público que nos mira. Siempre tenemos la idea que alguien es espectador de nuestro narcisismo político, de que de alguna manera estamos actuando.

Hoy en Twitter se llaman “seguidores”.

Sí, claro. Entonces tenemos que eliminar un poco este efecto Heisenberg y encontrarnos en una situación donde no me de vergüenza, donde no hieran mi narcisismo el hecho de decir “bueno, tal vez tú tengas razón. Tal vez lo que te haya dicho hasta ahora no es verdad”. Entonces ahora tenemos miedo de hacerlo. Como si el decirlo fuera una herida a nuestro narcisismo, a nuestra identidad. Pero eso acontece porque, primero, nuestra identidad es muy frágil. Muchas de las personas más violentas en las arenas digitales son personas, yo creo que tienen una vida difícil desde el punto de vista existencial. No tiene trabajo, o lo tienen, pero no es el trabajo con el que soñaban, no tiene vida social que pueda satisfacerles... entonces todas estas insatisfacciones existenciales están comprimidas en este momento en ese narcisismo existencial, por eso es tan difícil salir de ahí. Decir “bueno, es verdad, tienes razón, me has convencido”, convencer al otro es importante. Pero hoy nadie se convence de nada. Nadie se persuade nada.

Es interesante lo que dices, porque incluso hoy día lo que uno ha publicado en redes o en columnas de opinión se transforma en parte del

currículum y puede matar a un político. O sea, lo que tú escribiste hace diez o quince años puede ser tu tumba políticamente. Pero la comunidad digital no perdona, y hoy, las imágenes, las capturas de pantalla, permanentemente están recordando lo que dijiste o la foto que subiste.

Sí, bueno hay que decir que todas estas dinámicas éticas acontecen en el marco de un sistema que incluso es sistema económico. O sea, el objetivo principal de las redes sociales, como Facebook es un objetivo económico. O sea, quien crea a Zuckerberg cuando dice que su objetivo es lograr un mundo más interconectado, yo creo que es un ingenuo, porque el objetivo de Facebook es un objetivo comercial. Se puede demostrar muy fácilmente. Cuando hay una baja de rentabilidad en el sistema, se cambia. Entonces, como el objetivo de las redes sociales es económico, ¿cuál es el objetivo pragmático de las redes sociales? Es que nosotros sigamos permaneciendo en las redes sociales. No importa lo que hagamos, escribamos... claro, hay límites, o sea todavía hay límites en la facultad de expresarse; no se puede poner pornografía... pero, objetivo fundamental es que nosotros sigamos operando en este mundo digital. Como es el marco económico fundamental, es el objetivo económico fundamental, de hecho, resulta muy difícil para un periodista que está al principio de su carrera, producir contenidos que no estén relacionados a este objetivo fundamental. O sea, el clic es lo esencial. Capturar la atención de manera rápida, no con argumentos, sino con imágenes, con provocaciones, porque es la vía más rápida para mantener a alguien al interior de esta arena digital. Por eso toda comunicación está muy polarizada, las emociones son muy radicales, el cambio de opinión y también la extremización son muy rápidos. Por ejemplo, si publico mi opinión en red diciendo "este vaso está medio vacío" después de un segundo encontraré a alguien diciendo "tú no estás diciendo la verdad, ese vaso está medio lleno" y va a haber en seguida toda una serie de reacciones que no son semánticas, son sintácticas. O sea, su objetivo principal es de lograr una posición narcisista para los que participan en esta conversación.

Y no falta quien diga "eso no es un vaso".

Sí. Eso no importa, lo que importa es construir su identidad de la manera más fácil de hacerlo, y la forma más efectiva es la manera conflictiva. Por eso en las arenas digitales y en las redes sociales, los debates siempre se vuelven extremos de una manera muy rápida. Entonces, sales de un tópico muy banal como "estaba durmiendo una siesta" y luego, tú ves que al final de los comentarios hay acusaciones de nazismo que son la conclusión casi natural de todos los debates. "Tú eres un nazi porque crees...".

Un tercer tema al que te quiero llevar no está directamente vinculado con las redes sociales, a pesar de que las redes han sido útiles para desenmascarar estos temas. Me refiero a cómo el Estado se enfrenta a un discurso de transparencia con un nivel ético como nunca habíamos tenido.

Bueno, yo nací en Italia, un país que ha sido herido por una dictadura violenta. Esta página de la historia, desafortunadamente, caracterizó también a la historia aún más reciente de Chile, y entonces, no puedo no alegrarme del hecho de que haya más transparencia en la política, en la administración, en las

universidades. Pero como intelectual, no puedo ser totalmente partidario y no pensar que también hay un fundamentalismo de la transparencia. También la transparencia puede ser utilizada como instrumento retórico, que puede haber una retórica de la transparencia. Incluso este fundamentalismo de la transparencia puede lograr efectos contraproducidos totalmente contrarios a los que era en los intentos iniciales de las políticas de transparencia. Hay diferentes tipos de censura, o sea hay censura subtractiva que es la que hemos vivido durante el régimen fascista en Italia y en las dictaduras de América Latina, o sea, hay algo que yo no quiero que el pueblo vea, entonces lo escondo, lo oculto, no permito que el trabajo de los periodistas desvele a los ciudadanos. Pero también hay un tipo de censura que se logra sumergiendo al público en una gran cantidad de información, o sea, publico todos los recibos, todas las facturas de todos los pequeños gastos que están en la red. No significa que yo pueda tener el tiempo de ir a controlar, etc., etc. porque la capacidad de controlar no coincide con la exhibición. El periodismo de investigación requiere una capacidad de estudio, de síntesis. Wikileaks, por ejemplo, nos ha sumergido, nos ha inundado con millones de ficheros concernientes a los secretos de la diplomacia internacional. Pero ¿quién entre nosotros recuerda el contenido de estos ficheros? Casi nadie. Lo que queda es una idea de actividades misteriosas. Eso favorece las teorías de la conspiración, no favorece una gestión democrática adulta, transparente, de la cosa pública. Entonces, transparencia, sí, es un valor, pero teniendo en cuenta que las informaciones se vuelven informaciones cuando haya un discurso que las estructura.

Entonces la red no sería una fuente de informaciones, en el sentido etimológico del término.

La red es una fuente de datos y es solamente a partir de un discurso, que puede ser un discurso político, académico, periodístico, científico, etc., que estos Big Data. Entonces, una política de la transparencia, yo creo, requiere una sabiduría en la capacidad de estructurar estas informaciones y no tenemos nunca que lograr al punto en que estamos logrando en algunas sociedades europeas, en desarrollar una retórica de la transparencia en la que se producen fenómenos un poco perversos, paradoxales. Tú sabes que, antropológicamente, nosotros tenemos una tendencia a esconder cosas que tienen mucho valor; “Tengo oro en mi casa, lo escondo porque no quiero que esté bajo la posibilidad de ver y de desear de los demás”. Pero esta relación entre tener valor y esconder es tan fuerte, que a veces podemos invertirla. O sea, es suficiente de esconder algo, o de decir “oh, este político, esta información, este texto, estaba escondido y ahora lo estoy revelando” para darle un aura de secreto y de valor a ese texto, a ese político, a esa información. A veces el periodismo funciona así. Es un periodismo de revelación, pero una revelación que crea su misterio en el mismo tiempo en que lo desvela. Entonces, sí. La respuesta sería transparencia bienvenida, pero sigamos construyendo un discurso dentro de la transparencia.

Cómo ves el futuro en ese tema, ¿eres optimista, escéptico? Hay sociedades que incluso han planteado sistemas de control.

Sí, es muy difícil prever el futuro... yo soy un poco pesimista. No en el sentido en que vamos a tener demasiada transparencia en el discurso político, en el discurso económico, en el discurso académico. Estoy pesimista en el sentido que la evolución de los medios de comunicación requiere lo que yo llamaría una filología digital, que todavía no tenemos. Abro un pequeño paréntesis: Hubo una revolución parecida con la reforma protestante. Un texto que, hasta Lutero, se interpretaba solo por medio de la jerarquía de la Iglesia, o se la Biblia, de repente fue traducido en alemán, en otras lenguas vulgares, publicado en libros de bolsillo, distribuido a todas las familias... el concepto era, tú puedes leer solo lo que dice ese texto y desarrollar tu propia interpretación. Pero al mismo tiempo se desarrolló también la filología bíblica, o sea, un método científico para leer el texto. Para comprender, por ejemplo, cuales pasajes habían sido añadidos en otras épocas, etc., etc. Nosotros hemos logrado una reforma protestante de la comunicación en su versión digital, o sea, informaciones que antes estaban bajo el control de pocos, ahora están públicamente en la red, pero no hemos desarrollado todavía esta capacidad filológica de distinguir, por ejemplo, una información verdadera de una falsa. Ahora necesitamos también competencias y capacidades técnicas que muchos no poseen, o sea, nuestros estudiantes trabajan continuamente con la red, pero no saben, por ejemplo, técnicamente cual es el recorrido de los algoritmos de la red. Son competencias verdaderamente técnicas, pero tenemos que aprenderlas nosotros y enseñarlas a nuestros estudiantes. Si no lo hacemos, yo creo, vamos en contra de un enfrentamiento muy radical entre individuos y grupos con posiciones radicalmente distintas en lo que concierne a la política digital, y hablo especialmente de los millenials, de los nativos digitales, algunos de los cuales van a desarrollar una huida irracional del mundo digital, una especie de ludismo digital, van a esconderse. Hoy estaba en la Universidad de Chile, y había un enfrentamiento entre Carabineros y estudiantes, nadie podía ver la cara de nadie. Entonces, no me gustaría un mundo en el que los enfrentamientos tienen lugar sin la visibilidad de los que están actuando en ese conflicto, en esa dialéctica, pero el riesgo es que haya un enfrentamiento muy fuerte entre los que huirán más y más del mundo digital bajo la protección de máscaras, aunque sean máscaras digitales, y los que desarrollarán al revés, unas políticas de control violentas, de investigación violenta del mundo digital para lograr información sobre estos clandestinos, sobre estos anónimos. Entonces será un enfrentamiento muy fuerte entre unos obsesivos de la transparencia digital y unos obsesivos de la opacidad digital. Eso me parece un peligro que debemos evitar. Al revés, me parece que tenemos que crear un nuevo sentido de unidad, en el sentido de lograr un sentido común, que sea un sentido común digital. Nuestras sociedades no podrían funcionar sin la presencia de un sentido común. ¿Qué es el sentido común? El sentido común es algo que no está escrito, es algo que hace parte de la formación de todos los que pertenecen a una sociedad y es gracias a este sentido común que tú puedes decir "bueno, pero esa información me parece absurda". Ahora, ese sentido común se está perdiendo y tendríamos que desarrollar un nuevo sentido común digital.

Santiago de Chile, agosto de 2018